

Una mecánica metodológica: historia de una lectura

Por Sandra Valdetaro

Reseña de: Fernández, José Luis (2023) *Una mecánica metodológica: para el análisis de las mediatizaciones*, Bs As: La Crujía.

Hay algo que no sabía que ya sabía, y que me develó, *après-coup*, la enseñanza de José Luis Fernández. Es que su escritura activó, en mi percepción, una marca mnémica hojaldrada -el *hojaldre*, noción tan cara al autor- que le dio sentido a mi primitiva experiencia con las texturas: la destreza de las manos de mi padre con los tipos móviles, su guardapolvo de tipógrafo azul-gris del colegio salesiano, el olor de la tinta sobre el papel, el ensordecedor repiqueteo de las enormes máquinas de impresión gutenbergianas, la ligereza del papel de los formularios continuos, el jabón, el aserrín y la delicada latita azul de crema Nivea.

Ese mundo de la imprenta familiar de la infancia me advino, como un flash, al encontrarme con la portada de esta “mecánica metodológica”. Nunca tan bien puesto ese significante - “mecánica”- junto al diseño constructivista de colores saturados de la portada de este libro. Es que se trata, acá, en esta escritura, de un despliegue artesanal de los desafíos en que nos coloca la semiosis de la época.

El motivo personal me instaló en una lectura inquieta, como devorada por la pulsión. Toda lectura -incluidas las académicas- es personal, y pone en escena un acontecimiento vital singular, irrepetible. *El sentido* -tal como viene repitiendo, insistentemente, el autor- *comienza por las texturas*. Leo todo, me asombro, fuerzo la comprensión, y en ese nerviosismo escópico me voy deteniendo.

Enseguida, un efecto transferencial: plantea el autor, en página 14, que deberíamos dejar de cegarnos con nuestra compulsión *macro* para poder captar los poderes alternativos, hojaldrados –nuevamente, el *hojaldre*-, que circulan inadvertidos hasta que algo, en la vida social, estalla. Lo retoma en página 37, enfatizando que no es el sistema -capitalista, u otros- el que se expresa en la mediatización, “sino que es la mediatización la que construye, entre otras dimensiones, al sistema capitalista”. Son solo comentarios rápidos, fugaces, pero en los que se encuentra, cifrado, un manifiesto entero contra el pesimismo de la época. De ahí su insistencia en detenernos -en tanto investigadores- en la filigrana de la materialidad mediática de los intercambios discursivos para poder distinguir, en ese “magma sociocultural” -la expresión es del autor- las peculiaridades de los diversos ecosistemas que nos rodean (pág. 28).

Hay una pregunta insidiosa, molesta, que implica un posicionamiento crítico deconstructivo de nuestros propios hábitos metodológicos. Plantea, en página 31, y en relación, en este caso, con la política y las redes: “... ¿qué aspecto, qué tipo de práctica de las múltiples que se encuentran en esas plataformas, se puede relacionar, más o menos directamente, con la política?”. Tratar de responder esa pregunta, que parece inocente, implicaría -debemos hacerlo- un cambio revolucionario en la posición de observación. Esto supondría aprender a flotar, para evitar ahogarnos, en las turbulencias de los espacios-tiempos mediáticos hojaldrados, móviles, en mosaico (pág. 34) mediante una mecánica metodológica que pueda surfear esa inmensidad oceánica. Lo entiendo, también, *après-coup*, en una de mis seguras rutinas de natación no-oceánica, en aguas cerradas.

Lo mismo sucede con la posición crítica del autor -en página 61- en relación con el abusivo gusto actual por el prefijo “meta” -metamedio, metalenguaje, metadiscurso-, rescatando, al contrario -o en simultáneo, tal vez- la importancia de detenernos en las operaciones que suceden en el “nivel subdiscursivo” de las máquinas y los softwares, citando como muestra, a tal fin, el significativo texto de Gindin, Cingolani y Rodríguez-Amat de 2021.

Esta formulación entra en sintonía con los comentarios que realiza el autor sobre la “deep mediatization” de Andreas Hepp. En nota XIII de página 69 postula, mediante una viñeta al respecto, que el desconocimiento de la gramática profunda de los sistemas de intercambio podría estar en el origen del fracaso de las hipótesis a lo Castells (2012) sobre los nuevos escenarios políticos, como los de la Primavera Árabe, por ejemplo.

Con esta deficiencia también enlaza una noción correctiva, la de “postbroadcasting”, que permite visualizar, de manera productiva, la operatoria de construcción de grandes estados y tendencias broadcast, y su confirmación en versiones plataformizadas (recomiendo, al respecto, detenerse en la nota XXI de página 74). Las unidades de análisis deben ser, entonces, los sistemas de intercambio. Si bien el texto va modulando en toda su extensión la postulación de estos sistemas de intercambio, las ventajas epistemológicas de este punto de vista se encuentran detenidamente desarrolladas en nota XXII de página 73, una especie de glosario canónico en el cual se incorpora una entrada referida a las *web entities* -de paso recomiendo, también, la nota XXIII sobre *memes*-.

En tal despliegue, resulta central la apuesta del autor por la necesidad de una *mesa interdisciplinaria* (pág. 79 y stes) que pueda expandir, incluso, una performance multimétodo a partir de lo que ya está consolidado como abordajes sobre las diversas modulaciones de la materialidad del sentido: la ecología de los medios, el mcluhanismo, las teorías anglosajonas, los estudios culturales, las teorías nórdicas sobre la mediatización (Cfr. Nota XXIV, págs. 74/75). En el marco de este corpus, resulta importante detenerse en los tres recorridos que plantea el autor con respecto al enfoque de la *media ecology* y sus derivaciones, organizados a partir de tres marcas autorales de referencia en el campo: Robert Logan, Lev Manovich, Carlos Scolari (nota XXV, págs. 75/76).

Su propuesta de *mesa interdisciplinaria* avanza mediante ejemplos concretos, como el de las relaciones entre tecnologías, mediatizaciones y educación explorando el uso del smartphone en el aula (pág. 81). De tal modo, la semiótica -como perspectiva específica para el estudio de los

sistemas de intercambio discursivo- deberá encontrarse necesariamente ligada a la etnografía, a la ecología de los medios, al enfoque estilístico, al cuantitativismo y al análisis de datos, (págs. 82/83).

Un lugar central, síntoma de época, es el de los desafíos planteados por las *data sciences*, con la entrada a la escena investigativa de ingenieros, programadores, diseñadores, etc. (pág. 88), ofreciendo, al respecto, una oportuna reseña del espinoso campo semántico de los datos del clásico libro de Mayer, Schönberger y Cukier del 2013 (pág. 90). De tal modo, plantea que la *mentalidad-big-data* se encuentra en un trance productivo con las clásicas mentalidades de las ciencias sociales (págs. 91/93). Valga como ejemplo el *The Noosphere Manifested*, de Joler y Pasquinelli (2020), que destaca el autor como caso de convergencia multidisciplinaria (págs. 93/94). La cocina de la investigación con datos se despliega en todos sus detalles, desafíos e implicancias que nos coloca, en tanto investigadores, en una necesaria y permanente curaduría epistemológica de lo que Raimondo Anselmino, Rostagno y Cardoso (2018) proponen como *semiodata* (págs. 98/99). Guiado por dicha actitud curatorial, el autor registra, nuevamente, la necesidad de detenerse en lo micro de esa opacidad transicional del nivel *deep* que Cingolani denominó como “lo subdiscursivo” en un texto de 2016 (págs. 101/102).

El pasaje del dato al sentido ocurre necesariamente dada su naturaleza discursiva, pero su identificación y captura requiere sofisticadas operaciones de observación y registro (pág. 102). El ejemplo -tomado de Jáuregui, 2015- de la captura de patrones musicales por “cierta empatía de audio” resulta elocuente (págs. 103/104), así como el trabajo de Omena (2021) sobre apps de captura y clasificación de imágenes (págs. 106/107), y si se trata del *appetite appeal*, que guía “la fuerza de tentación de consumo” (pág. 112), o de la “cesía”, que remite a las sensaciones visuales de las distintas formas de distribución espacial de la luz (Caivano 1994, en pág. 229), se comprende hasta qué punto la observación requiere de todas las destrezas acumuladas del ojo clínico entrenado en las disciplinas casuísticas e indiciarias.

Resulta pertinente, en este sentido, la alusión a Lazarsfeld que realiza el autor: nunca hay que olvidar que, para el principal metodólogo del siglo XX e inventor del lenguaje de variables, la construcción de indicadores es una tarea literaria (pág. 115). Una detallada nota -la XVII, pág.116- explicita las indicaciones veronianas sobre la observación -textos, rasgos, marcas, huellas-, lo cual, en combinación con la guía de pautas de Ginesi (2018), hace avanzar al autor hacia la gramática de grillados y matrices (pág. 117) y la problemática de la construcción del *corpus* (ver nota XVIII, pág. 118).

Para el grillado -con sus ecos artesanales- el texto adquiere fisonomía de manual. Es que el tratamiento de los datos, su codificación, y su análisis (págs. 121/131) nos posicionan en un sistema de relaciones que requiere la activación de la imaginación sociológica, en sintonía con el enfoque sociosemiótico (pág. 136 y stes.). El “sistema de intercambio discursivo mediático” postulado por el autor como unidad de análisis central, y su constitución triádica -dispositivos técnicos; géneros y estilos; usos y costumbres sociales- en el marco de varios ecosistemas -broadcasting; networking; postbroadcasting- despliega un sistema complejo de reenvíos y solapamientos de relaciones de reciprocidad, simetría, complementariedad, redundancia, presuposición, implicatura -entre otras- que definen, cada vez, y de manera singular, a los fenómenos enunciativos (pág. 139). Es, justamente, la articulación de la enunciación con la interacción lo que requiere de una comprensión necesariamente interdisciplinaria, en lo cual se incluye, de manera previa y exploratoria, lo que el autor nombra como lo “presemiótico”, es decir, en sus palabras: ese “saber mínimo, previo, y que tiene que ver con lo que debemos denominar la vida social de cada sistema de intercambio” (pág. 140), que constituye una investigación en sí misma.

La máquina sociosemiótica ofrece la categoría de “operaciones” como interfaz metodológica (pág. 144 y stes). Recuperando la noción de Verón a partir del análisis de Bitonte (2019), el autor distingue dos aplicaciones: operaciones de producción de sentido y operaciones de análisis (pág. 149), ofreciendo un modelo metodológico en tres fases y cinco momentos (págs. 153/159). Desde un punto de vista analítico, postula la pertinencia del análisis discursivo sobre texturas,

formatos, temas, y lo enunciativo/interaccional (págs. 163/166). Cada uno de estos niveles es abordado de manera exhaustiva y genealógica, haciendo jugar, en su reconstrucción, la historia entera de la cultura y sus tradiciones, esto es, la historia de los verosímiles sociales y genéricos que conforman nuestros imaginarios, y los intersticios y rasgaduras a los que los somete la época (págs. 196 y 215).

Dado este panorama, se visualiza claramente la complejidad en relación con diversos temas, entre ellos los efectos de agenda de los textos mediáticos. La indicación del autor es que deben investigarse estas incidencias “incluyendo posibles y misteriosos *efectos halo*” que suelen circular de las audiencias a los discursos más que al revés (págs. 230/231). También señala una situación fronteriza entre estilos discursivos y estilos de vida, que se torna evidente en las plataformas: lo clásico y lo barroco, lo organizado y lo desorganizado, lo mainstream y lo alternativo, lo culterano y lo populista, lo conflictivo y lo moderador (págs. 239/240). ¿Será posible, por ejemplo, investigar el momento del *despertar* como gesto de encarar el día? Es ese tipo de escena la que el autor postula como ejemplo de una “mixtura de acciones de higiene, desayuno y mediatización” que puede revelar las peculiaridades de la interacción entre estilos de vida y estilos discursivos (pág. 241).

Estas conjeturas tornan necesario detenerse en la problemática de la *circulación* (pág. 243). A las tipologías ya conocidas -circulación intraplataformas, circulación interplataformas, circulación transmedia, circulaciones transterritoriales (págs. 244/245)-, el autor agrega los “fenómenos de ramificación que, por su complejidad, solemos denominar como en *arborescencia*”, con múltiples derivaciones (pág. 245). Y en relación con los tipos de circulación propuestos por Carlón (2020) -ascendente/descendente; descendente/ascendente; descendente/horizontal (pág. 252)- señala que hay que considerar las marcas de los intercambios y acentuar el análisis de las tres series ya referidas -los dispositivos; lo genérico-estilístico; los usos- a los fines de acceder a los rasgos particulares de cada mediatización. Propone, para comprender esta complejidad, que la noción de “retoma” (Del Coto y Varela 2017) podría resultar más útil que la de intertextualidad (págs.

252/253), mientras que la pertinencia de lo transpositivo como práctica central de lo mediático (pág. 272) pervive productivamente para la comprensión de las subjetividades mediáticas.

¿Cómo cerrar, aunque más no sea de manera provisoria, una lectura que, además de un profundo aprendizaje, es un exhaustivo estado del arte polifónico en el cual se convocan, en asociación, las voces de una comunidad entera de colegas y otros autores provenientes de distintas geografías? El carácter monumental de este libro de José Luis Fernández convoca a la relectura, al subrayado, a la práctica escolar del estudio detenido; a una retoma incesante que, en cada caso, provoca nuevas conjeturas.

Elijo, entonces, a modo de cierre provisorio, una cita que constituye una deriva hacia el futuro, incierta, por cierto, pero prometedora.

Escribe José Luis en página 270:

“Todos deberemos prepararnos para un escenario en que decenas de grupos de investigadores geolocalizados trabajarán sobre plataformas on line todavía no diseñadas con el poder necesario para intercambiar hallazgos que entrelacen diversas mediatizaciones, temas y territorios geográficos e ideológicos. Es imposible, todavía, imaginar los límites y los riesgos de esa tarea global, pero, en buena parte, interindividual”.

El desafío, entonces, se encuentra planteado.

Ojalá las ciencias sociales nos permitamos, en nuestra perplejidad sobre lo actual, tomar, con honestidad crítica, dicho desafío.

Rosario, Argentina, 23 de abril de 2023.